**Domingo 5º de Pascua. Ciclo A (10.05.2020): Juan 14,1-12.**

**Tú y yo somos Camino, Amor, Dios...** Lo escribo CONTIGO,

Leo bien la cita del texto evangélico para este domingo quinto ya del tiempo llamado de la Pascua: **Juan 14,1-12**. El domingo pasado nos propusieron la lectura de Juan 10,1-10. ¿Podrán las personas de la celebración hacerse una mediana idea de quién es, qué hace o dice este Jesús de Nazaret del Evangelista Juan? ¡Qué manera tan manipuladora del leer un Evangelio!

Me tomo ahora la molestia de recordar dos expresiones que escribí en el comentario del domingo anterior. Este Evangelista nos escribía hace una semana que su Jesús de Nazaret les decía a las autoridades de la Religión de Israel esto: *‘Yo soy la puerta... Yo soy el Pastor’*. Esto sucedía en el final de la fiesta de las Tiendas, la fiesta del Templo y de Jerusalén.

En este nuevo domingo, el texto que leemos en Juan nos vuelve a poner en boca de Jesús esta otra expresión que se suele citar en los escritos de espiritualidad católica venga o no a cuento de lo que se esté hablando: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”* (Juan 14,6-7). Esto sucedía en la larga sobremesa de la fiesta de la Pascua donde se había, según este único Evangelio, lavado los pies y se acababa de proclamar el único mandamiento de la evangelización de este Jesús: *“En esto conocerán todos que sois mis seguidores: si os amáis unos a otros”* (Jn 13,35).

Parece ser que la propuesta de este Jesús, galileo y laico, no ha caído nada bien en los adentros de los comensales de la cena, ya sean hombres o mujeres. Por esta razón uno tras otro se irán atreviendo a preguntar a Jesús sus incomprensiones. El primero será Simón Pedro (Jn 13,36), luego Tomás (Jn 14,5), después Felipe (14,8), más tarde Judas (Jn 14,22). Según el relato del Evangelista, María Magdalena y las demás mujeres permanecen calladas. Escuchan.

Esta narración de la cena y sobrecena de la Pascua de Jesús con los suyos se asemeja a las narraciones griegas de los llamados ‘simposios’ (‘mientras comemos con’). Ningún otro Evangelista nos ha contado una última cena de Jesús con estas características. ¡Muy curioso!

¿Existió en la realidad del año treinta (años más o menos) de nuestra historia una cena de Jesús con los suyos como nos la ha contado el cuarto Evangelio en alguno de los años de la década final de este siglo primero? Lo más probable es que una cena así sólo existió, con todo el lujo de gestos y de palabras, en la mente creativa del Evangelista que tuvo la osadía de equiparar, igualar, identificar a su Jesús de Nazaret con el propio Yavé-Dios-YOSOY del credo y de la religión de su pueblo Israel. Este Evangelista, ¿resucitó a Jesús como su Dios? Eso parece.

Por si esto no fuera ya una manifiesta blasfemia para la religiosidad judía, este cuarto Evangelio lleva su atrevimiento más lejos aún y se atreve a anunciar explícitamente a sus lectores que este YO SOY que identifica a su Jesús con Yavé-Dios es también cada uno de nosotros. Tú y yo y todo ser humano es también otro ‘YO SOY camino’, otro ‘YO SOY verdad’, otro ‘YO SOY vida’..., otro ‘YO SOY Dios’. Y Juan precisa aquí que este Dios es PADRE (Jn 14,1).

En mis adentros siento que lo debo escribir porque ya está dicho en este simposio de Juan, tú y yo somos el ‘YO SOY amor’ que es como decir ‘YO SOY dios’. El amor es dios. Dios es amor.

**Domingo 24º de ‘Los Hechos de los Apóstoles’ (10.05.2020): Hch 14,8-20.**

***“Ellos sí escucharán”*** (Hechos 28,28-29)

Seguimos acompañando a Bernabé y Pablo que tuvieron que huir de Iconio porque corría serio peligro su integridad personal. ¿No iban anunciando una buena noticia? Sin olvidarme de esta pregunta sigo el viaje por las tierras ocupadas por Roma en la región de Licaonia y en una de sus ciudades llamada Listra, según me va descubriendo el texto: *“Había en Listra un hombre lisiado y cojo de nacimiento, que nunca había podido andar”* (Hch 14,8). Es sencillo visualizarlo.

Los lectores habituales de los relatos de Lucas ya estamos imaginando la curación completa de este hombre tan deshumanizado por la enfermedad desde su nacimiento. Los tres versículos siguientes nos lo constatan. Tan sorprendente es este ‘milagro de curación física’ como el obrado por Pedro y Juan en la Puerta Hermosa (Hch 3,1-10) y como el realizado por el propio Jesús de Nazaret un sábado y en la sinagoga (Lc 6,6-11). Y semejante también al poder de hacer milagros que Yavé-Dios de Israel concede a Moisés (Éxodo 4,1-9). ¿Milagros? Símbolos.

Después de esta ‘puesta en escena’ de Bernabé y Pablo, ¿a quién puede extrañar la reacción de las gentes de Listra, desde la autoridad hasta el más pequeño de los habitantes?: “*A Bernabé lo llamaban Zeus y a Pablo, Hermes, porque se encargaba de hablar”* (Hch 14,12).

Entonces y aquí es cuando el narrador vuelve a sintetizar el contenido del mensaje de estos evangelizadores en tierra de gentiles: “*Nosotros os predicamos el Evangelio para que dejéis los dioses falsos y os convirtáis al dios vivo que hizo el cielo, la tierra y el mar y todo cuanto contienen”*  (Hch 14,15). ¡Ni una sola palabra sobre la persona y mensaje de Jesús de Nazaret!

Quiero pensar que nuestro narrador Lucas no pone en boca de sus evangelizadores nada sobre la persona del judío y laico de Galilea llamado Jesús de Nazaret por tratarse de un poblado gentil, griego y pagano. Y aún así me persigue otra duda cuando releo despacio que aquellas gentes hablaban ‘la lengua de Licaonia’ (14,11). ¿En qué lengua común llegaron a entenderse unos y otros? Y, ¿cuánto tiempo pasaron los evangelizadores hasta conseguir reunir una pequeña iglesia de creyentes con unas mínimas garantías de permanencia?

Y estas dudas se me acrecientan aún más cuando se acaba la lectura de lo acontecido en esta tierra de Listra. Dice el narrador que *“llegaron unos judíos de Antioquía y de Iconio y se ganaron a la gente de Listra y apedrearon a Pablo y lo arrastraron fuera de la ciudad medio muerto. Los discípulos se ocuparon de él, se levantó y volvieron a la ciudad”* (Hch 14,18-20). De Bernabé ni una palabra. A mí me sorprende. Por ahora sólo tomo nota.

Con esta información, dramática cuando menos, acaba la tarea evangelizadora fuera de las tierras de Judea, Samaría y Galilea, como había sugerido el Resucitado en la primera aparición que se nos contó en el comienzo de esta crónica (Hch 1,8). Además de la iglesia o grupo de los DOCE, de los SIETE, de la CASA DE MARÍA y de los CINCO, Lucas nos ha contado a su manera la presencia de grupos o iglesias en tierras de judíos alejadas de Israel y en pueblos de paganos. Hasta este momento del relato, el viaje de ida de los evangelizadores. Nos queda aún leer cómo fue el regreso a la iglesia de los CINCO y cómo se valoró esta primera evangelización.